

desarrollado en este Grupo de Liderazgo, fue el servicio y la transmisión de mi conocimiento a los demás. Como dice el refrán “el que no vive para servir, no sirve para vivir”. Por ello, me siento tan agradecido con este grupo, por haberme permitido involucrarme en actividades como “Encuentro Senuk” y “Semana de Inducción”, en las que pude proveer servicio al cliente con las personas de nuevo ingreso a la Universidad, al compartir con ellos, parte de mi conocimiento y experiencia, a lo largo de estos 3 años de carrera universitaria.

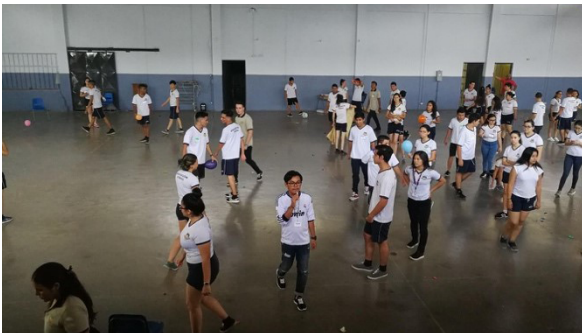


Figura 3: “Taller Coaching Grupal: Desarrollo de Competencias para la Empleabilidad”. Colegio Técnico Profesional Invu Las Cañas, Desamparados de Alajuela, 07 de noviembre, 2018.

En el Taller Coaching Grupal compartí muchos de mis conocimientos en materia de habilidades blandas, elaboración de Currículo Vital, marca personal, entrevistas laborales, entre otros, con estudiantes de quinto año del Colegio Técnico Profesional Invu Las Cañas, en Alajuela, como parte de mi Trabajo Comunal Universitario.

Estas experiencias que comparto son solo una pequeña parte de lo que el Grupo de Liderazgo, a través de sus directores y miembros, han hecho posible en mí y que me permitieron, ahora contar con las respuestas definitivas a las preguntas con que abrí este texto. Por último, me gustaría compartirles esta poderosa frase:

“La felicidad suprema en la vida es tener la convicción de que nos aman por lo que somos, mejor dicho, a pesar de lo que somos”
Víctor Hugo

Huellas
talentosas

Cuento
Felices fiestas



Juan Mariano Chaves Porras

Estudiante

Inglés como Lengua Extranjera

Sede Central

Universidad Técnica Nacional

jchavesporras772@gmail.com

“In one aspect, yes, I believe in ghosts,
but we create them. We
haunt ourselves.

—Laurie Halse Anderson, “Wintergirls”

Felices fiestas.

Quise escribir eso en caso de no poder completar esta carta, en caso de que llegue la noche y me disturbe la mísera existencia.

Escribo esto bajo los efectos de los somníferos y el alcohol, pues ya mi mente no puede soportar estar ni un minuto más consciente de lo que sucede a mi alrededor. Parece que no soy tan valiente como solías decir y me disculpo por eso. Igual, sé que desde hace tiempo hemos estado un poco distantes por esas riñas banales de adultos, pero déjame decirte que no has abandonado mis pensamientos ni una sola vez durante estos siete años. Aún te recuerdo tan jovial,

andando por el mundo con esa alegría contagiosa. Si vieras lo que ha sido de mí, te horrorizarías, ofendería tu vista. Por tal motivo, querido amigo, te escribo en lugar de buscarte.

Te escribo para conciliar, aunque sea solo contigo, la paz que necesito. Estoy cansado; ya no puedo tolerar más esta tortura. Algunas veces pienso en saltar desde esta ventana a la herrumbrosa calle de abajo. Pese a mi esclavitud a la bebida y los somníferos, no considero ser débil como para hacer tal estupidez, pues sé que la vida no termina cuando morimos. Cuando hayas encontrado estas páginas alocadamente garabateadas, quizás comprenderás, si bien no del todo, porqué tengo que buscar el olvido o vivir en un infierno.

Nunca me agradó la Navidad, no por que sea un viejo cascarrabias, sino por lo que vi esa vez cuando tenía 6 años. Sé que ya hemos hablado esto antes, mi querido amigo, pero me es de gran utilidad que escuches mi relato una última vez, pues ahora sé muy bien, que fue lo que vi aquella noche.

Todo empezó un veinticuatro de diciembre, cuando vivía en Chateau Rotmour, que entonces pertenecía a mi abuela. La emoción de saber qué contenían aquellos brillantes envoltorios de regalo me carcomía vivo. Así que lentamente bajé las escaleras hacia el primer piso a la una o dos de la mañana. El viejo reloj de péndulo colgaba en la pared del pasillo. Su figura siempre me atemorizó, aquellos enormes ojos de búho parecían seguirme; lo recuerdo muy bien haciendo tictac lentamente. Mis manos temblaban mientras giraba la perilla dorada de la puerta de la sala.

Para no despertar a mi abuela, lentamente empujé la pesada puerta, pues las viejas y oxidadas bisagras chillarían si la hubiese abierto de golpe. Sigilosamente arrastré mis pies hasta la sala, algunas veces caminaba de puntillas, otras veces sentía como si

flotara en el aire. La sala estaba oscura y fría. El interruptor de los candelabros de cristal se encontraba en la pared posterior de la sala. Lentamente giré las perrillas de metal, mas lo único que conseguí fue un pequeño choque eléctrico que cambio el color de mis dedos a un púrpura incandescente. Con mi corazón palpitando a toda fuerza en mis oídos, escuché un lamento dentro las paredes de la habitación.

—¿Hay alguien ahí? – llamé reuniendo toda la valentía que podría ser contenida dentro del pequeño cuerpo de un niño de seis años.

En medio de esa oscuridad absoluta, esa con fuertes brazos que sostienen a la humanidad en el amanecer, distinguí el árbol de Navidad en la esquina, debajo los regalos vislumbraban mi mente infantil...

...Y flotando a un lado del árbol, una mujer con cara despreocupada –sin piel—y vestida de blanco me observaba ahora a solo unos cuantos metros lejos de mí. Sus ojos vacíos, sin pupila y con sangre tan negra como el alquitrán, miraba fijamente a través de mi hasta que su hedor golpeó mi sentido del olfato y me hizo retroceder—tumbándome en el suelo—. Oía a muerte, dolor y desesperación.

Traté de correr, pero mis piernas olvidaron su función. Nunca, hasta ese entonces, había experimentando tal grado de pavor –paralizante—.

La mujer retrocedió, arrastrando su vestido blanco por el suelo, su rostro sin labios, cubierto por su cabello largo y negro. Se agachó al lado del árbol, desenredo la serie de luces y la colocó en su cuello. En medio de alaridos, tiró el cable de un lado a otro, como si se tratase de una sierra, lacerando su cuello. Parecía hipnotizada, su cabeza daba giros de trescientos sesenta grados, mientras de su tráquea derramaba más sangre color alquitrán. Entonces, se volteó y me miró directamente a los ojos mientras desprendía su cabeza.

Estaba petrificado, boquiabierto,

por alguna extraña razón arraigado a mantenerme en aquel lugar. Intenté gritar, sin embargo, nada salía de mi boca. Ni un jadeo o murmullo salía. Finalmente logré ponerme en pie y salir de aquel lugar perverso. Corrí hacia la habitación de mi abuela, encendiendo todas las luces en el Chateau a medida que avanzaba. Cerré de golpe cada puerta y subí las escaleras atropelladamente, como si fuese una carrera de obstáculos. Mi abuela siempre me reprendió cuando no era cuidadoso al subir las escaleras, pero en ese momento me encontraba demasiado petrificado para pensar en otra cosa más que esconderme bajo sus cobijas.

Una vez en la habitación de mi abuela, me escondí bajo las cálidas mantas. Todo parecía normal –tranquilo—. Solo entonces, en medio del silencio, acurrucado, pude desahogar mi miedo. Lloré mientras contaba a mi abuela aquella pesadilla tan real –ese encuentro tan cercano con el más allá—. Entonces, me di cuenta, que, entre el subidón de adrenalina, no noté la ausencia de mi abuela en su cama y lo que fuertemente abracé no era más que su almohada ensangrentada.

Me levante rápidamente, corriendo hacia el baño de la habitación. Y lo que ahí vi le dio un giro a mi vida. Mi abuela tumbada en el suelo sin vida. Su cabello castaño sobre su cara ensangrentada, labios lacerados y nariz fracturada. Sus ojos color miel estaban abiertos, pero su iris sostenía una mirada de tristeza. Su cuerpo en la esquina del baño, cerca a la tina; su cabeza en el lavado, mirándome fijamente.

Son las dos de la mañana, el ruido de la ciudad y la botella son mi única compañía. Bien sabes que he intentado por largos años olvidarlo todo. Los mejores psiquiatras han trabajado conmigo, mas sin resultado alguno. Mi único escape es la botella y, en algunos casos, las pastillas para dormir; son los únicos que me proporcionan una breve tranquilidad y paz. Así que hoy, mi querido amigo,

he decidido ponerle fin a esto. Sé que me he convertido en la diversión de mis semejantes y que los más cercanos a mi bajan su cabeza por vergüenza al verme en la calle. Muchas veces me pregunto si no será una obra fantasmagórica de esta mente mía –dañada sin reparo alguno—. Me pregunto muchas veces el porqué de toda esta horrenda situación, de esta pesada vida. Me lo cuestiono, sí, pero no encuentro respuesta que sustente una mente racional como la tuya. No puedo pensar en Chateau Rotmour o pasar las fiestas en esta época sin entrar en pánico. No puedo dejar de estremecerme al ver las luces centelleando en el árbol de Navidad...

Ahí viene, amigo mío, se acerca, arrastrándose lentamente por el cielo raso de mi casa. Ahí la oigo, abriendo la puerta, golpeando las paredes y murmurando. Forcejea. No me encontrará. ¿Acaso será así como todo debe terminar? ¡Por Dios, está aquí! ¡Me está mirado! Su cabeza, resta en mi regazo. ¡Esa cabeza! ¡Esa cabeza envuelta en luces de Navidad!

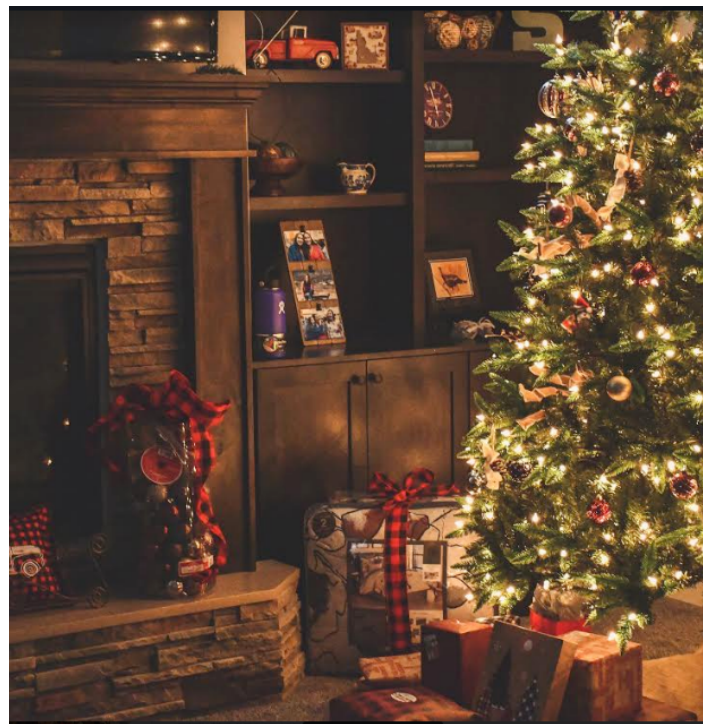


Figura 1: Imagen ilustrativa. Fuente: Brett Sayles en Pexels.